



## Antonio Mestre *in memoriam*

Enrique Giménez López

**Autor:** Enrique Giménez López, Universidad de Alicante (España), [enriquegimenezlopez@gmail.com](mailto:enriquegimenezlopez@gmail.com), <https://orcid.org/0000-0002-3653-7235>

En 1981 salía a la luz el primer número de la *Revista de Historia Moderna*. *Anales de la Universidad de Alicante*. Figuraba como su director Antonio Mestre Sanchis, que había llegado a esta Universidad dos años antes como primer catedrático de Historia de la incipiente Facultad de Letras, y autor de dos libros que habían supuesto un cambio radical en la manera de concebir la Ilustración española: *Ilustración y reforma de la Iglesia*, editado en 1968, e *Historia, fueros y actitudes políticas*, de 1970. Hasta entonces la ortodoxia académica sostenía que la Ilustración española se había iniciado tras la llegada de Carlos III a España en 1759, y que con anterioridad a esa fecha solo se podía encontrar la figura del P. Feijoo, comparado por el Dr. Marañón con un San Cristóbal que llevaba sobre sus hombros la responsabilidad de abrir la cultura española a las ideas innovadoras que corrían ya por Europa. Antes de Feijoo nada, o por mejor decir, la indigencia cultural más absoluta. Pero en torno a Feijoo, nadie, pues solo el monje benedictino luchaba desde 1726 por introducir en España el método experimental, la crítica a las supersticiones, la barbarie y el fanatismo, e introducir las Luces en las tinieblas que dominaban el tenebroso y escolástico paisaje cultural de la primera mitad del siglo XVIII.

Existía el convencimiento de que la Ilustración española era un reflejo apagado del renovador movimiento ilustrado francés. El libro que venía a probar la tesis del origen afrancesado de nuestra Ilustración, y que era en 1970 considerado texto indiscutible sobre los orígenes de las Luces en España, era *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* del que fuera rector de la Sorbona Jean Sarrailh, cuya primera edición era de 1954, y disponible en español en 1957 publicado por el Fondo de Cultura Económica. Era, y es, un buen libro, pero que defendía un enfoque unilateral que las publicaciones de Antonio Mestre se encargaron de desmentir al situar los orígenes de la Ilustración a fines del XVII, y al tiempo diluía la influencia francesa, pues junto a Descartes y Gassendi, los primeros ilustrados españoles –los *novatores*– habían recibido la influencia de Inglaterra a través de Bacon, Harvey y Robert Boyle, y sobre todo la de Italia, puesto que los iniciadores del criticismo histórico en España, con Nicolás

Antonio y Manuel Martí a la cabeza, adquirieron su metodología durante su estancia en aquella península mediterránea.

Antonio Mestre dedicó gran parte de su labor historiográfica a sacar a la luz la extraordinaria importancia de Gregorio Mayans en la cultura española del Setecientos y, muy especialmente, en la renovación de la Historiografía mediante la crítica histórica. En la labor de hacer una historia bajo la exigencia de pruebas documentales y testimonios de valor probado, donde prevaleciera la imparcialidad de juicio, es donde Mayans entró en conflicto con el poder. Por amor a la verdad D. Gregorio sacrificó un brillante porvenir en la Corte y en la cultura oficial. En la biografía definitiva que Mestre le dedicó en 2003 esta cuestión adquiriría un lugar preponderante, pues demostraba fehacientemente que Mayans solo tenía compromisos con la Verdad, y era inevitable que tuviera que abandonar la Corte y retirarse definitivamente a Oliva, su localidad natal.

Antonio Mestre es el impulsor de una obra sin parangón en la historiografía española dedicada al siglo XVIII: la publicación de la ingente correspondencia mayansiana. Desde su exilio interior de Oliva, D. Gregorio mantuvo una copiosa correspondencia con el mundo cultural europeo de su tiempo, y ese esfuerzo solitario agrandó su prestigio en España y, sobre todo, en Europa, si bien su influencia en la política cultural de los Borbones fue escasa, ya que para la nueva dinastía la cultura y, en particular la Historia, fue una cuestión política más que educativa. Ayer, como hoy, se trataba de acumular pretendidos méritos a la nación, sin entrar a discernir críticamente su auténtico valor y sentido. En el siglo XVIII se llamó a este tipo de Historia «Apologías», hoy le llamamos «Manipulación». A este aspecto dedicó Antonio Mestre, en los años 2002 y 2003, dos de sus libros más celebrados: *Humanistas, políticos e ilustrados*, y *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*. El primero supone una reflexión sobre la actitud de los ilustrados españoles ante las corrientes de renovación cultural y, especialmente, hacia el humanismo, y cuál fue la posición del poder hacia los proyectos de restauración humanística ilustrada, asunto este de la primera importancia, pues el poder siempre pretendió dirigir, es decir, controlar, la cultura, cuando no fue indiferente, como hoy, a las humanidades. En el segundo de los libros, el Dr. Mestre reflexionaba sobre el problema de España, y las dificultades que los intelectuales españoles del siglo XVIII tuvieron para deslindar apología y crítica, y moverse entre la defensa de los valores de la cultura española, despreciada en ocasiones con injusticia por los países de nuestro entorno, y la obligación de criticar los falsos valores y diagnosticar las causas del atraso español.

A diferencia con Mayans, la dilatada dedicación a la investigación del Dr. Mestre, siempre en la primera fila académica, ha sido reconocida unánimemente como ejemplar por el mundo universitario nacional e internacional.

Se nos fue un sabio que ejercía de amigo incondicional y cuyo consejo echaremos de menos. *Amicus fidelis, protectio fortis*.



De izquierda a derecha, Jesús Pradells, Armando Alberola, Antonio Mestre y Enrique Giménez en 2006. Foto cortesía del autor.